

maron en la Nueva España podía haberse levantado una pira del tamaño del Zempoaltepetl, la montaña que ardió.

Los conquistadores hallaron en aquellos montañeses mucho que codiciar, mucho que explotar por medio de la máquina-hombre, mucho que pedir á la tierra, que arrancarle, por medio de una utilización desenfadada del doloroso esfuerzo de los vencidos. Venían en pos del oro.

«Ils allaient conquérir le fabuleux métal
que Cipango mûrit dans ses mines lointaines...
Routiers et capitaines
partaient ivres d'un rêve héroïque et brutal.»

Era Moctezuma, el emperador que se presentó á Cortés con el corazón de antemano vencido, quien había señalado el país donde había ríos de oro. Las muestras de la orfebrería zapoteca asombraban á los españoles, como nos asombran ahora, y con la fiebre de los sueños heroicos y brutales de que Heredia habla, penetraron en el país de las montañas y se obsequiaron con magníficas Encomiendas (la mayor de todas obtúvola Cortés, el Marqués del Valle); si encontraban oro, bien, y si no, ahí estaba el oro rojo, el oro-sangre, el indio, perseguido y destrozado en los montes cuando resistía, ó si no, reducido á la esclavitud por los feroces encomenderos.

Cuando los correligionarios del varón santo que alzó la voz ante el mundo por los indios reducidos á servidumbre penetraron en Oajaca, la conquista peligraba, la rebelión se erizaba en todas las sierras, y aquel pueblo que en odio á los implacables dominadores aztecas se había abierto á los españoles, ahora mordía furioso la mano que trataba de asirlo y encadenarlo.

Los frailes dominicos salvaron el poder de España en todas partes; allí como en algunas otras realizaron la conquista. Encendíanse en ira aquellos hijos ardientes de Guzmán contra los ídolos que buscaban por doquiera y atacaban con un valor sobrehumano para destruirlos, y contra los encomenderos que maltrataban á los indígenas. Y fué el país cubriéndose de esa gran flora blanca y soberbia de iglesias y conventos, en derredor de la cual los grupos indígenas amansados agrupaban sus casas y aprendían á cultivar la tierra, á juntar ganados, á explotar los frutos del suelo, importados frecuentemente de Europa y aclimatados en aquellos climas fecundos.

Y así, mutilados y exangües pero capaces de una energía ilimitada de fatiga, de trabajo y de fe, los montaraces oajaqueños, apacentados por los dominicos fueron abandonando el culto de sus ídolos, que se refugió en las sierras más agrias, en el fondo más obscuro de las grutas durante un período de tiempo más

largo del que se cree, pero que al fin desapareció. Un siglo después de la Conquista los indios habían fabricado, casi gratis, santuarios suntuosos y monasterios que en nuestras guerras civiles han podido servir de ciudadelas. Convertidos en siervos de la Iglesia, por su consentimiento y su agradecimiento, fueron bajando hacia la civilización en su forma más hierática y más retrasada, pero más dulce quizás, rezando perpetuamente el ROSARIO, la monótona guirnalda de rosas con que la religión de Santo Domingo envolvía al mundo en loor de María.

Y María fué la verdadera conquistadora de Méjico, y la raza salvada se arrodilló ante ella, llenos los labios de tiernas y humildes confidencias y los ojos de lágrimas. Pero tras esta poesía del dolor humano y del consuelo, se escondía una sombra perpetua de superstición que envolvía en sus telarañas aquellas almas que no podían abrir las alas, y la infinita y suave explotación de aquel pobre ser arrodillado que ya nadie podría sacar de su esclavitud moral, representada por la perpetua faena, por la perpetua embriaguez y por la CERA perpetua encendida en el altar.

Y siempre un gran dormir moral, un eterno sueño... Entraron para siempre aquellos pobres pueblos, pobres á pesar del cultivo de la grana que llegó á ser tan pingüe, y de la floja explotación de las minas, en un absoluto silencio político, en una eterna sombra social. Sólo considerando esto se puede medir la infinita cantidad de energía acumulada en el espíritu de los iniciadores de la Independencia, para lograr sacar la cabeza del océano que cubría á la colonia entera y rompiendo con la tradición, ilimitada potencia, y con la religión, fuerza que pesaba sobre los espíritus con toda la presión de una atmósfera que se midiese por la distancia infinita que hay entre la tierra y el cielo, apoderarse del barco que pasaba, la prisión de Fernando VII por Napoleón, lograr subirse á él y enarbolarse en el mástil más alto la bandera de la Patria Nueva.

Frecuentemente movidos por los curas, que en la insurrección veían ó la emancipación del despotismo del alto clero ó de los conatos de reforma anticlerical de las cortes revolucionarias españolas, los grupos indígenas entraban á saltos salvajes en la insurrección, delirantes de deseo de libertad, de destrucción y de goce, ó se mantenían fieles con sombría é inquebrantable fidelidad á sus señores.

Pero lo que dejó entre los oajaqueños una huella profunda fué el paso de Morelos. Si el pueblo indígena cantara, si la profunda melancolía que forma el fondo de su alma, que es su alma misma, y que se expresa en la vida real por la resignación y la pasividad y por largos sollozos rítmicos con que modula los cantos de iglesia que hace siglos le enseñaron los frailes (sólo el mestizo canta en las Costas y en el Bajío); si cantara, habría de seguro un ciclo de cantares en honor del Gran Cura, y estos romances épicos serían la joya de nuestro FOLK LORE. Pero no, el pueblo indígena se contentó con asombrarse de Morelos y venerarlo. Había que oír á Juárez decir «El Señor Morelos», para comprender la tradición

extraordinaria de devoción, de supernaturalismo, digámoslo así, que los hombres de la generación que siguió á la de los insurgentes habían recogido de sus padres.

☛ Morelos era la forma estupenda de la revolución; en Oajaca, acompañado de Trujano, que había sido el héroe de la hazaña épica de Huajuapam, se había mostrado hombre de gobierno y de administración, como no estaban acostumbrados á ver los oajaqueños ni en los delegados de los virreyes, ni en los obispos, ni en nadie; era dueño de todo el Sur de la República desde el corazón de Michoacán hasta las costas del Pacífico y del Golfo, especie de inmensa fortaleza natural, de entradas casi inaccesibles, que se apoyaba en los brazos divergentes de la Cordillera y formaba una curva en la Mesa Central, desde donde amagaba á un tiempo á las Villas en el Oriente y á Puebla, Toluca y Méjico sobre el Centro (V. Alamán). Evidentemente el terrible cura se preparaba á una empresa suprema, y tomaba sus medidas para ello con profunda sagacidad. Cruel, impasible, viendo desde muy alto, poniéndose al nivel de todos los detalles, Morelos se despojó ante los oajaqueños de sus arreos de guerrillero y vistió, con una pompa un poco improvisada y chabacana, su traje de capitán general; así asistió á los TEDEUMS en que se le sometió el clero, y á las grandes ceremonias cívicas en que se le sometieron todos. Luego se metió por las montañas del Sur para tomar la vera del Océano en dirección de Acapulco, con objeto de no dejar enemigos á retaguardia. Pasó el tiempo, y los oajaqueños volvieron como manada de corderos á entregarse á las fuerzas virreinales, con un fervor en que había gran dosis de arrepentimiento; pero la sombra del gigante se proyectó siempre en las almas de los montañeses. ¿Era un enviado de Dios? ¿Lo era de Satanás? ¡Quién sabe! Pero era inolvidable.

☛ Esta sugestión producida por el insurgente de intensa y magnética mirada bajo el fruncido entrecejo, determinó muchas vocaciones, creó anhelos recónditos. Juárez tenía siete años. Sería preciso disponer de documentos que nos faltan, que siempre habían faltado, para sentir moverse el alma del pastor de Guelatao en sus primeros conatos de vuelo bajo aquellas impresiones confusas de la lucha de independencia que, indefinible é inexplicable para él, lo envolvían y penetraban como una atmósfera cargada de misteriosa electricidad; que así son las que rodean á los pueblos en gestación dolorosa, en pleno trabajo creador de una nación nueva.

☛ Ya lo hemos indicado, no está de más repetirlo : el alma indígena es COLECTIVA; buenos observadores lo han notado; la escuela, que sólo puede individualizarla, aun no tiene influjo eficaz sobre ella, porque la escuela, nuestra escuela, es un mecanismo para aprender libros, no es un organismo para formar espíritus; instruye, no educa. El alma indígena sólo muestra voluntad, sólo denota sensibilidad, sólo revela intelectualidad en grupo; por excepción en el indio aislado,

solo. Es una entidad anónima moralmente; esto es en él idiosincrásico; vino al país en que creció, de lejanas comarcas, siempre en forma de grupo que tenía á un dios por alma, á un sacerdocio por conciencia; el dios lo guió, lo estableció; el sacerdocio lo cuidó y le arrancó el corazón en la piedra de los sacrificios y lo hizo pasivo, absolutamente pasivo como individuo; de aquí que muchos de los dominadores españoles dudaran tanto, hasta en la hora misma de la Independencia, del valor del indígena como ser racional; los indios no eran gentes de razón. Este concepto fué el que los dominicos españoles combatieron sin cesar siguiendo la santa tradición de Las Casas.

☛ ¿Por qué los obispos hispano-americanos no han pedido la canonización de este apóstol?

☛ Sí, los frailes defendieron la racionalidad de los indios, pero manteniéndolos en la sumisión perenne, ciega hasta el grado de no atribuir otro valor á la vida y al dolor que el que podían tener como ofrendas propiciatorias; la sumisión á los TEOPIXQUES primero, á los frailes después, que los redimieron de la piedra del sacrificio y de la fusta del encomendero, mantuvo á los indios en una aglutinación incurable; fueron bautizados en masa; la promiscuidad, el matrimonio colectivo, digámoslo así, era su instinto y su hábito á pesar de las prédicas de los curas; se embriagaban en conjunto, poseían la tierra en conjunto, en conjunto la reivindicaban ardientemente llegado el caso, y paciente y perseverante de generación en generación el grupo, el CLAN agregaba fojas y fojas hasta lo infinito á litigios seculares por un pedazo de gleba, por un hilo de agua.

☛ La primera señal de individualización consistía en diversificarse de la comunidad por el idioma. Diversificarse, ser otro que su pueblo y que su raza no debió ser nunca la aspiración del pequeño Benito Juárez; no entraba eso espontáneamente en el espíritu de un indígena; pero sí lo fué buscar con afán la vía que debía conducirlo fatalmente á separarse de su grupo, á ser una persona dueña de sí misma, un ciudadano, un hombre : ir á Oajaca, saber el idioma que lo pondría en comunicación con el mundo. ¡Cuán apremiante deseo! ¡Con qué ardor inmenso logró rápidamente realizarlo!

☛ A la sombra del convento, creció mentalmente Juárez; no dentro de él, no dentro de una máquina también destructora de individualidades, sino fuera de él, aunque manteniéndosele unido por el hábito de fraile exterior, digámoslo así, del lego Salanueva, el maestro, el protector, el redentor de Juárez.

☛ Hasta hace poco todavía (*) existían en Oajaca testigos de esta adolescencia; habíase grabado con fuerza en algunas memorias infantiles la imagen de aquel

(*) A nuestro amigo Don Ángel Pola se debe la publicación de algunas particularidades muy interesantes respecto de los primeros años de Juárez. El Señor Pola, con sus publicaciones reformistas, ha contribuido con inestimables datos á dar á conocer á los hombres que desempeñaron los primeros papeles en la gran época que precedió á la actual.

niño serio, vestido de camisilla y calzones de manta, que había llegado de la montaña hufo y sin hablar español, y á quien su hermana (humilde sirvienta por cuyo recuerdo tuvo siempre Juárez un culto hondísimo) había entregado al excelente encuadernador beato y un poco fraile, á Salanueva.

¶ El niño no iba á la escuela. Su escuela era el taller del encuadernador; y servido de su buena memoria (la tuvo siempre admirable) y de ese ilimitado poder de perseverar que se revelaba en él en cualquier momento importante de su vida, á un mismo tiempo aprendió á hablar, á leer, á escribir. Ocupado en su convento, en sus procesiones diarias, en las que su pupilo lo acompañaba con edificante unción, y en empastar sus libros (¿qué libros?; sin duda devocionarios, años cristianos, libros de teología, LEYENDAS DORADAS y uno que otro TEXTO, en reparación, de colegiales pobres), Salanueva daba, sin embargo, un poco de tiempo á la misión de maestro que se había impuesto. Pero el niño aprendió pronto entre uno y otro vía CRUCIS; precisamente en el año en que se consumó la Independencia pudo abordar el indispensable aprendizaje del latín, según su biógrafo Zerecero.

¶ Todos cuantos tuvimos ocasión de hablar alguna vez detenidamente con el Señor Juárez pudimos notar que no era un hombre de talento, si por talento se entiende esa especie de espuma brillante de la inteligencia que presenta la idea en forma de moléculas luminosas y efímeras que se encienden en el oxígeno de una conversación, de un discurso, de un escrito... Lo que tenía el gran estadista era un entendimiento perfectamente ponderado como todos los de cuantos han silabeado largamente el libro de la vida y han tenido á los acontecimientos por maestros. Esta educación incomparable la recibió Juárez al través de los hechos, poco al través de los pensamientos estereotipados de los libros. Los libros que frecuentó y trató con intimidad deben de haber sido pocos; todos los hombres de su época, cuando fueron estudiantes famosos, se aprendieron los libros de texto de memoria; ése era el modo de aprender de entonces. «Siempre, desde que empezó su vida con el lego Salanueva, se le veía con el libro en la mano», dice una anciana que lo conoció entonces. Así debía ser siempre; se clavaba en su cerebro la noción de un deber y en derredor de esa noción se cristalizaba toda su vida.

¶ Al compás de esa vida marchaba la de toda la sociedad oajaqueña. Marchaba, es mucho decir; aquella sociedad removida un momento, como la piscina milagrosa, por la espada de Morelos, un arcángel exterminador, había vuelto á su quietud y á su asiento bajo el látigo sultánico de Don Melchor Álvarez, agente del gobierno virreinal. Luego la separación definitiva en 1821 se había hecho sin esfuerzo; entonces lo que había de hondamente removido en el fondo de aquella sociedad eminentemente frailesca, subió al haz del estanque y se abrió en la flora venenosa de la guerra civil. Pero la masa social permaneció lo mismo: el primer papel social, el obispo ó el jefe del clero; los canónigos eran sus lugartenien-

tes; por donde quiera extendían la mancha negra de sus caudas cubriéndolo todo, indulgentes para todo, para las corruptelas, para los abusos, para el pecado... La familia postiza que brota del concubinato pululaba allí en la ciudad, en los curatos... El celibato eclesiástico era casi un mito. Las cosas estaban en el mismo puesto que en la Edad Media, cuando Hildebrando fulminó sus reformas. Esta intervención del clero en la familia adulteraba á ésta en su origen, pero daba á aquella población un tinte especial. Las casas trascendían á incienso sino á salubridad moral; los hogares eran adoratorios de imágenes, los frailes dominicos oficiaban por todas partes. Perpetuas fiestas de iglesia, resignación de todos á ganar poco, con tal de gastar poco y de llevar la vida con más ó menos comodidad, pegada á la pared del convento como una parásita. ¿A qué salir de ese estado? ¿No había aspiración á eso? El indígena vivía, vegetaba como su padre; un poco de agricultura, un poco de cochinilla, industrias insignificantes conservadas sin una sola variación de padres á hijos y mucha borrachera todos los días de fiesta (la mitad del año) y todos los lunes; esto indefectiblemente. He aquí la trama de aquella vida local.

¶ Unos cuantos pensaban; en algunas familias se conversaba de política, ¡oh! nada de emancipación, nada de acabar con lo existente, nada de protestar contra el abuso que olía á incienso. Pero sí la necesidad en el elemento civil de tener vida propia; del abogado, el eterno enemigo, consciente ó no, del poder del clero, desde que se fundaron las universidades; la necesidad, decimos, de formar su criterio, es decir, la orientación de su espíritu dentro del radio de acción de la ley y no en torno del canon y la teología. Y en la violenta conmoción de las bases políticas de aquel gobierno que repentinamente era dueño de sí mismo, lo singular era que muchos clérigos apechugaban con esas ideas, entreveían reformas, concebían una sociedad civil autonómica...

¶ ¿Algo de esto alcanzaba Juárez? Acaso no; pegado á sus librillos de clase, á su aritmética, á su gramática, á su RIPALDA, no sabía, no podía levantar los ojos sino para ver el rostro exangüe y angustiado del Jesús Nazareno que todos los días iba y venía al ritmo monótono de los VIACRUCIS mecánicamente repetidos, desde la casa de su maestro y protector Salanueva, siempre vestido del sayal pardo de los carmelitas, hasta la iglesia de enfrente, cuyo portón parecería al pobre indio, que había encontrado abrigo, amparo y libros en casa del devoto lego, algo así como la entrada del paraíso; de allí salían con frecuencia rumor de cantos, perfumes de flores, ráfagas de incienso...